REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | San José de Costa Rica, Lunes 27 de Marzo de 1922 | No. 1

Puerto Rico a los 21 años de dominación norteamericana

ENSEÑANZAS PARA LOS PUEBLOS DE ORIGEN ESPAÑOL (*)

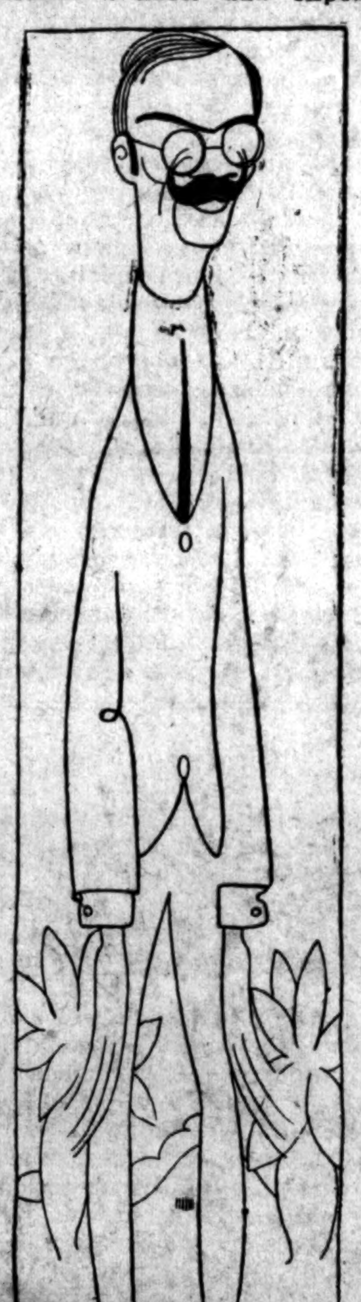
Por CAYETANO COLL Y CUCHÍ

DOS ADVERTENCIAS PRELIMINARES.

Yo espero, señoras y señores, que de las bondadosas palabras del señor Argente subsistan en vuestro recuerdo solamente aquellas que se refieren a hechos concretos y se olviden las referentes a mi persona; porque me apenaría mucho, me dolería en extremo, que la esperanza, por vuestra parte, de escuchar al orador y político que os anunciaba el Sr. Argente, al ser forzosamente defraudada por mi humilde intelectualidad, desviase vuestro pensamiento del ideal grandioso que anima mi espíritu, y que voy a tratar de exponer ante vosotros.

Claro es que yo estoy hondamente conmovido, no solamente por ocupar ahora esta cátedra, que desde América la consideramos como la más alta cumbre de la intelectualidad española, sino también porque conozco la escasa autoridad de mi palabra.

Y como tengo empeño, señoras y señores, decidido y firme empeño de encontrar algún eco en España y América, eco de simpatías y de aliento en mi anhelo porque conozca el mundo entero la lucha tenaz que viene sosteniendo un pueblo hermano para no perder su personalidad histórica y que sea apreciada nuestra labor cultural como prueba definitiva e incontrovertible de que un pueblo de pura sangre española puede llegar al más alto grado de la civilización moderna, sin más esfuerzos que el de la escuela y el trabajo y teniendo fe absoluta en la virilidad de su raza; y como tenemos la noble ambición de que Puerto Rico, el más pequeño de territorio de todos los pueblos hispano-americanos, sea ejemplo vivo que despierte el espíritu y llame a las conciencias de los demás pueblos de su habla para establecer la necesaria compenetración de afectos e intereses entre tantos pueblos, que, unidos, fueran inmensamente grandes y ricos, y son pequeños y pobres por vivir completamente aislados unos de otros, es evidente que yo debo estar, no ya emocionado, sino temeroso de no acertar a hacer una exposición clara y elocuente de mi tema. Me confío, pues, a vuestra benevolencia y espero de vosotros que acojáis mi ideal con cariño y entusiasmo, aunque mis palabras no estén a la altura de mi ideal.



Don Cayetano Coll y Cuchí
de la Cámara de Diputados de Puerto Rico

(Apunte de Bagaria).

En primer término, deseo hacer alguna que otra advertencia preliminar, porque, de este modo, será más fácil precisar el alcance de mis palabras. La primera y la más importante de todas ellas consiste en no olvidar que cuando yo diga «español» no me refiero a concepto político o geográfico determinado.

Tengo para mí que los pueblos no se encierran caprichosamente en límites geográficos por unos cuantos hombres sentados alrededor de una mesa con un tapete verde. Es ya de conocimiento vulgar que el concepto de «estado» no implica el de «nación» y mucho menos el de «pueblo». La vida ancestral, la cultura de muchas generaciones, la angustia de muchos miles de años condensados en una aspiración común e ideal de la felicidad, en una propia literatura, en un mismo lenguaje, forman un pueblo; y cuando yo diga «español» me refiero tanto a los hombres que han nacido en las frías regiones de la Patagonia como a los que nacieron en las cálidas tierras de Andalucía. Para mí son españoles todos los que hablan la lengua española, todos los que tienen el sentimiento español, todos los que ansían la grandeza de los pueblos de nuestra raza.

Otra advertencia importante consiste en no encontrar hostilidad alguna en mis palabras hacia el pueblo de los Estados Unidos cuando yo me refiera a los norteamericanos en su civilización, en su política, en su cultura, frente a los hispanos. Deseo hacer constar desde el primer momento que el norteamericano es un gran pueblo, uno de los más grandes pueblos de la tierra, que nosotros en Puerto Rico, respetamos y queremos, al cual debemos grandes enseñanzas y grandes beneficios, por el cual hemos llegado a sentir, no ya gratitud, sino afecto; pero al que no queremos someter nuestra personalidad histórica, en su vida racial; nuestro anhelo es continuar viviendo con las virtudes y defectos propios de todos los pueblos de nuestra raza. Más aun; los portorriqueños hemos sabido apoderarnos de

(*) Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid en la tarde memorable del 20 de diciembre de 1921.

las más grandes instituciones jurídicas y políticas de los norteamericanos e implantarlas en nuestra isla, adaptándolas a nuestra alma española. Y, por último, no quiero en ningún momento, durante esta noche, hacer yo referencia a un Gobierno constituído, bien sea en España o en cualquier República sudamericana, con intención de inmiscuirme en la política local.

LO QUE DEBIMOS APRENDER Y OLVIDAMOS DESPUES.

Y, hechas estas preliminares advertencias, voy a desenvolver mi tema.

La guerra de España con los Estados Unidos determinó la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas para España. Muchas cosas hemos debido aprender de aquel desastre, y casi todas, si no todas, las hemos olvidado.

Cuando se reunieron los comisionados norteamericanos y los diplomáticos españoles en París, para tratar de las cuestiones de la paz, dicho sea en honor de los que defendieron el punto de vista español, se luchó de una manera denodada por salvar a Puerto Rico para la patria española. Era, señores, el trance más amargo en la historia de la nación descubridora que fuera ella, después de la firma del Tratado de París, la única europea cuyos colores no iban a flotar más en territorio americano. Y por eso quiso conservarse para España la soberanía española en Puerto Rico. Cedieron los representantes españoles el derecho a la soberanía bajo una solemne promesa, hecha por los comisionados norteamericanos: el pueblo español no debía tener duda alguna del tratamiento que los Estados Unidos de América darían a Puerto Rico, porque su suerte sería decidida por el Congreso norteamericano, que es un Cuerpo del cual jamás habrán salido leyes que coartasen la libertad y la democracia en el mundo. Y ante esa solemne promesa, se firmó el Tratado de París, por virtud del cual el pueblo portorriqueño español dejó de serlo. Vimos nosotros en Puerto Rico el cambio de soberanía, no ya con anhelos, por emprender un nuevo rumbo en nuestra vida política, sino con verdadera certidumbre de nuestros destinos futuros. El pueblo de los Estados Unidos de América, el de las tradiciones liberales, el que había bañado en sangre su territorio para abolir la esclavitud de los negros, el que proclamaba que la Humanidad, la Libertad y la Democracia eran las únicas normas de su justicia; el pueblo norteamericano, creímos, bien podía llegar a nuestras playas en la seguridad de que sería portador para el pueblo portorriqueño de libertad, democracia y justicia.

Había recibido el pueblo de Puerto Rico en 1897, de manos de la matrona española, la carta de su autonomía. Don Segismundo Moret, el insigne estadista, proclamó, en su célebre discurso de Zaragoza, que la civilización y la cultura portorriqueñas nos daban derecho a gozar de un Gobierno propio, en el cual fuéramos nosotros los únicos dueños de nuestra isla, y las Cortes españolas promulgaron la autonomía de Puerto Rico, en virtud de la cual, como único símbolo de su soberanía, quedaba solamente la bandera española, y era el gobierno entregado a manos portorriqueñas. Al llegar los norteamericanos teníamos, por consiguiente, derecho a esperar y exigir que, por lo menos, tanto como la madre descubridora y colonizadora nos dió sería respetado por los Estados Unidos, ampliando aún nuestra Constitución con una forma republicana de gobierno.

Los primeros momentos de toda conquista militar son de confusión. Un gran pensador ha dicho que detrás de los conquistadores siempre marchan los lobos, y los lobos venían en tal ocasión detrás de los conquistadores. Constituyóse un Gobierno militar, supremo y absoluto, en manos de un general estadounidense; se cerraron las Cámaras legislativas; se constituyeron Tribunales de Justicia, presididos por soldados. El pueblo que había ejercido con toda libertad el sufragio vióse, de repente, bajo un Gobierno medieval, al cual debía someterse incondicionalmente. Duró poco; casi puede decirse desgraciadamente. El Congreso de los Estados Unidos, en 1900, formuló para Puerto Rico una carta de Gobierno civil, en la que se constituía una Asamblea legislativa, compuesta de una Cámara Alta o Senado, donde se sentaba todo el Gabinete del gobernador, formado de seis ministros, y los otros cinco senadores eran nombrados a propuesta de la Junta, por el presidente de la República, y una Cámara con los representantes electos por sufragio popular. Puede notarse, desde luego, que la acción de Cuerpo popular de tal Parlamento tenía que ser casi nula.

Cuando se instituyó este Gobierno comenzó a sentirse inmediatamente un movimiento de reacción en Puerto Rico. Se formaron nuevos partidos políticos, uno de los cuales se declaró abierta y violentamente contra el nuevo orden de cosas. El año de 1902 vine yo a la política de mi patria; conmigo, un sinnúmero de muchachos, procedentes todos de las Universidades norteamericanas. Y un fenómeno digno, muy digno de notarse, se produjo casi instantáneamente. Los hombres de mi época habíamos sido nacidos durante las luchas de los partidos radicales en la isla contra los Gobiernos metropolíticos españoles; habíamos formado nuestra naturaleza espiritual en los anhelos de la separación de España; creíamos que, para ser un patriota íntegro y bueno, era necesario que Puerto Rico, como todas las demás colonias suramericanas, obtuvieran su separación y se formara en una República independiente de la Península. Fuimos, ya formada así nuestra inteligencia y nuestra conciencia de adolescentes, a las aulas universitarias norteamericanas. Allí leímos a diario la gran Declaración de Independencia, los principios constitucionales de la gran República; Magna Charta; casi olvidamos las enseñanzas de nuestros primeros años; aprendimos el idioma inglés mejor que nuestro propio idioma; hacíamos vida espiritual inglesa. Y con ese caudal de asimilación, regresamos a nuestras tierras en el momento en que los Estados Unidos inauguraban el Gobierno civil en Puerto Rico.

CIVILIZACION NORTEAMERICANA Y CULTURA ESPAÑOLA.

Era natural que todos nosotros estuviéramos al lado de la norteamericanización de nuestra patria. Pero al iniciarse el movimiento de protesta por nuestros viejos luchadores, al volver los ojos hacia atrás, y recordar el glorioso solar castellano, fuimos nosotros los elementos directivos, los hombres graduados precisamente en las aulas universitarias norteamericanas, los que encauzaron la protesta portorriqueña por el cauce de una reivindicación de nuestra tradición racial.

Yo creía tener un caudal inmenso de

El Cántaro Fresco

Ya esta lista, en elegante edición del *Convivio*, esta preciosa obrita de Juana de Ibarbourou.

La insigne poetisa uruguaya ha autorizado la edición costarricense del *Cántaro Fresco* en estos términos:

«Juana de Ibarbourou saluda atte. a su amigo y colega J. García Monge y le manifiesta que, encantada con su pedido referente a mi Cántaro, me consideraré muy honrada con que ocupe un lugar en su hermosa colección El Convivio. Puede disponer de él, como guste. Y gracias por los bellos libros que me ha enviado.

Mayo 22-1921»

El Cántaro Fresco está a la venta en la Librería de don Jaime Tormo. Precio del ejemplar: ¢ 1-00.

conocimientos, todo lo que puede adquirirse en una Universidad americana de tipo anglosajón; me entusiasmaban las grandes luchas habidas por la libertad del pensamiento, la separación de la Iglesia y el Estado y el respeto al individuo; mi criterio jurídico se había formado en todas esas doctrinas, y me había olvidado de mi alma, que se había conservado en los recuerdos de mi infancia española. Al primer contacto que hubo entre toda esa artificiosa creación de mi personalidad universitaria con la verdadera y la genuina, la de mi tradición y de mi raza; cuando todo lo que me enseñaron, cuando todo lo que aprendí se puso en contacto y en oposición con los primeros sentimientos de mi vida, me di cuenta de que era imposible, que no había manera alguna de transformar por los hombres lo que Dios había creado de su propia mano, y rindiendo mi más grandioso homenaje a todo lo excelso de la nación nerteamericana, pueblo extraordinariamente libre, justo y noble, se reveló mi alma española, y conmigo la de todos mis compatriotas y amigos de escuela, ante la negación que significaba de nuestra dignidad de hombres una aspostasía de nuestra personalidad histórica, y nos lanzamos de una manera decidida a la propaganda, para salvar lo que de una manera indeleble nos habían dado nuestro nacimiento, nuestras tradiciones, nuestra raza, nuestro idioma, nuestra religión... *(Grandes y prolongados aplausos impiden oir el final del párrafo).*

La lucha no era fácil; era más bien ardua y empeñada: 3,600 millas cuadradas de territorio, con 1.300,000 habitantes, frente a 115 millones de habitantes y 15 millones de kilómetros cuadrados; además, lo que significa el poderío inmenso de los Estados Unidos, a cuya política le convenía demostrar que su obra de penetración en la América española podía realizarse fácilmente con un éxito de americanización en Puerto Rico. No nos asustó el problema. Teníamos fe, y habíamos hecho dogma de nuestra lucha que a un pueblo que quiere vivir no hay quien lo destruya. Ministros norteamericanos, Corporación norteamericana, fórmulas de gobierno norteamericanas, e intento de supresión de nuestro derecho, de nuestro derecho histórico español; todo ello no amenguaba nuestro entusiasmo, sino que, por el contrario, le enardecía.

EL DERECHO ANGLOSAJON POR EL DERECHO ESPAÑOL.

En la Comisión Codificadora, creada para hacer la suplantación del derecho español por el derecho anglosajón, cometieron los dominadores su primera falta, y allí vió Puerto Rico, de una manera clara y definida, su redención, porque comprendimos que, no solamente podíamos vivir si conservábamos nuestro derecho y nuestro idioma, sino que teníamos la necesidad de apoderarnos de todas las instituciones norteamericanas que, significando grandeza de espíritu, pudiéramos adaptarlas a la civilización española portorriqueña. Y comprendimos también que nuestra cultura secular podía resistir el empuje de la nueva civilización del Norte.

Cuando comenzaron los comisionados norteamericanos a hablarnos del Jurado, de la inviolabilidad del domicilio, de la seguridad personal, de la separación de la Iglesia del Estado, de la libre emisión del pensamiento, encontraron abiertas las puertas de nuestro espíritu; ellos creyeron que iban a abrumarnos con esas fórmulas nuevas, que para el alma española son tan viejas, aunque olvidadas; porque hablarnos del parlamentarismo libre a los hombres que descienden de aquellos que a los reyes les decían: «Cada uno de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos más que vos»; predicar la inviolabilidad del domicilio a quienes pueden comulgar, si bien quisieran, en el recuerdo de los comuneros de Castilla; hablar de la seguridad personal a los que instituímos en aquellos que fueron municipios la dignidad ciudadana, era simplemente llamar a las puertas de conciencias que estaban dormidas para que se despertaran en un grito de redención; porque es fecundo y redentor el grito de resurrección del pueblo portorriqueño dado a través de su recuerdo de esas instituciones...

(El último párrafo del orador no es posible percibirlo, por expresarse el conferenciante entre clamorosos aplausos del público).

Y aceptamos la lucha, dispuestos a aceptar de los Estados Unidos, en nuestra condición del pueblo pequeño, todo lo que no impidiera el desarrollo de nuestra cultura hispana. En este proceso, que no he de detenerme en relatar, por no ser demasiado extenso, llega una fecha culminante en la historia de Puerto Rico: 1909.

En este año vino la tentativa a que se refirió mi ilustre amigo el señor Argente, de suprimir el idioma castellano, no en las escuelas, sino como medio de enseñanza en las escuelas; de modo que los maestros se habían de dirigir a niños castellanos en inglés para transmitirles los conocimientos.

DOS IDIOMAS FRENTE A FRENTE.

Sabemos nosotros, sí, sabemos nosotros que el alma de un pueblo es el idioma; y sabemos más: sabemos que los pueblos que tienen el tesón de conservar su idioma viven como pueblos, aun errantes y sin patria, como le sucede al pueblo judío. Y desde el primer momento preferimos ser hombres sin patria, pero conservando nuestro idioma. Comenzó la pelea. ¡Que luche yo, que luchen mis amigos, que luchen los hombres, bien! Pero la resistencia la iniciaron los niños de las escuelas, los niños de seis, de siete, de diez años; esos niños fueron los primeros que se rebelaron. *(Rumores de aprobación).* El primer conocimiento que tuvimos los hombres de política de la intentona de suplantar el castellano por el inglés fué una huelga escolar; los chicos de una escuela se declararon en huelga antes de recibir la enseñanza en otro idioma que no fuera el idioma de sus padres, el idioma de su patria... *(Estrepitosos aplausos).* Transcendió la cuestión al público, se hicieron eco de ello los periódicos, y llegó al Parlamento. Era realmente gloriosa aquella contienda y digna de ser mejor conocida por todos los pueblos de habla castellana. José de Diego, uno de los hombres cuya memoria es más venerada en Puerto Rico, de patriotismo puro y acendrado, presentó un proyecto de ley en el Parlamento, que no podía ser ley, porque, aun cuando lo aprobara la Cámara de Representantes, la Alta Cámara, compuesta por los ministros norteamericanos, la desaprobaría. El proyecto ordenaba que en las escuelas se enseñara en castellano, y el inglés se tratara como una asignatura privilegiada. Pero no falta en ningún país del mundo (también los hay en Puerto Rico) quienes graciosamente se pongan a las órdenes del dominador, y esos pocos sostuvieron el debate (en castellano) contra el proyecto, pretendiendo imponer el inglés en las escuelas.

Recuerdo yo—para que pueda formarse en vuestros espíritus un verdadero concepto de lo absurda y horrorosa de aquella situación—, recuerdo yo a un diputado de esos *que querían inglés en castellano (Risas)*, que fogo-

Los nuevos cuentos

En la segunda edición de *Los cuentos de mi tía Panchita*, aparecen estos nuevos:

1.—Tío Conejo y los caites de su abuela.
2.—Tío Conejo y el yurro.
3.—De cómo Tío Conejo salió de un apuro.
4.—Tío Conejo ennoviado.

El último ha sido recogido en Bagaces, de boca de Juanita Aragón, la buena maestra.

samente defendía la necesidad para el pueblo portorriqueño de que los estudios en las escuelas se hicieran en inglés. No quiero citar su nombre; pero supongamos que se llamaba Pérez y Rodríguez En medio de su discurso, cuando la discusión había llegado al momento culminante de emoción de la Cámara de Diputados, se levantó riendo unos de los nuestros, y le dijo: «Yo creeré todo lo que S. S. expone cuando deje de llamarse Pérez y Rodríguez.» *(Risas)*. El proyecto fracasó en la Alta Cámara. Luego comenzaron los atropellos: los chicos, a ser expulsados de las escuelas; los que no asistieran a las clases de inglés ni aceptaran la enseñanza en ese idioma, eran puestos en la calle y perdían su educación y su porvenir. Por América acostumbramos a decir que «la pelea es peleando». Nos reunimos, pues, y formamos un Instituto castellano: el Instituto José de Diego; los niños que eran arrojados de las escuelas públicas ingresaban en el Instituto, donde se les enseñaba gratuitamente hasta concluir su carrera.

WILSON

LLEGÓ así el pleito a las autoridades norteamericanas en Washington. Poco después subió al Poder el gran presidente Wilson. Tanto el nuevo Presidente como el partido democrático, para nosotros constituían un recelo, porque sus doctrinas de librecambio podían traer la ruina de Puerto Rico. De manera que el pueblo portorriqueño rogó a Dios por la derrota de Wilson, sin saber lo que pedía. Pero cuando triunfó el gran presidente, enviamos a Washington una Comisión a exponer los males de Puerto Rico, y encontramos una franca acogida en el presidente y en los hombres de su partido a quienes expusimos nuestros deseos y nuestras aspiraciones.

Tenía el presidente Wilson entre manos en aquellos días el Mensaje que dirigió a la Cámara de los Estados Unidos poco después pidiendo la independencia de las islas Filipinas. Aquel papel significaba para nosotros la seguridad de que el pueblo de los Estados Unidos haría justicia a Puerto Rico. El final del Mensaje glorioso, refiriéndose a la bandera americana en las islas Filipinas, decía: «Si gloriosa fué la bandera estrellada el día en que los soldados americanos la levantaron en los fuertes filipinos por el derecho de la fuerza, más gloriosa será el día en que se arríe y dé paso a la que represente la voluntad de un pueblo libre». Claro es que, cuando nosotros oímos eso, nos fuimos a la isla con el alma llena de esperanza. Poco tiempo después se presentaba un proyecto de ley en el Congreso americano, en el cual se concedía un amplio Gobierno autónomo para Puerto Rico; pero como no podía realizarse inmediatamente el cambio, Wilson mandó a la isla un gobernador con instrucciones liberales, y fueron depuestos todos los ministros americanos y, en su lugar, puestos ministros portorriqueños. Aquel gobernador no actuó jamás sin que se nos llamara a todos nosotros y se nos consultara; y cuando estábamos en divergencia de opiniones, se hacía lo que la opinión pública de nuestro pueblo demandaba.

Vimos nuestra oportunidad; pensamos en que había llegado el momento de la solución de nuestro problema. Pero en la lucha de los diez años anteriores habíamos aprendido una cosa: a saber cómo se lucha con los norteamericanos, a qué terreno hay que llevarlos, dónde y de qué manera combatirlos, y, señores, cómo vencerlos en la noble lucha por nuestras libertades.

Se concedió a Puerto Rico la autonomía, se implantó el nuevo régimen, elegimos nuestro primer Congreso autónomo: Senado y Cámara de Representantes. Mi partido, el partido que quiere que Puerto Rico sea libre, copó casi todos los puestos de elección. El pueblo portorriqueño, en la primera oportunidad que se le ofrecía, votó por su libertad. Frente a nosotros estaba el pueblo más agresivo de la edad moderna, el más fuerte, el de una civilización práctica y emprendedora, cuyas riquezas y recursos eran incalculables; pueblo que en cien años de vida fundó poblaciones babilónicas, inventó los grandes medios de comunicación, impuso su influencia de una manera decisiva entre las demás naciones del planeta... *(Los rumores de aprobación no dejan percibir al orador)*. tal pueblo y tal civilización eran nuestros adversarios, y nosotros, un pueblo español, un pueblo que toca la guitarra, que canta peteneras y danzones y que duerme la siesta, que cifra el orgullo de sus ideales en recordar los tiempos de capa y espada y las serenatas de media noche en las rejas de la amada... Pues bien; guitarra, seguidillas, capa y espada: ¡llegó la hora! Y el pueblo portorriqueño español, comprendiendo que para vencer necesitaba colocarse a la altura de sus grandes adversarios, realizó su primer acto de Gobierno autónomo yendo a unas elecciones generales, donde participaron todos los mayores de veintiún años, y votando la abolición del alcohol, legislando contra el juego, suprimiendo garitos y tabernas, sin tener en cuenta para nada que privaba al Estado del 50 por 100 de sus rentas. ¡Viejas teorías españolas de explotar los vicios a favor del Estado! *(Grandes aplausos)*.

(Concluirá en el número próximo).

Puerto Rico y los Estados Unidos

POR LUIS ARAQUISTAIN

CUANDO la otra tarde oíamos en el salón del Ateneo a don Cayetano Coll, Presidente de la Cámara de Diputados de Puerto Rico, su voz era algo más que la de un orador, con serlo tan excelente y diestro en el arte de la elocuencia; algo más que la de un hombre público portorriqueño, con serlo tan representativo; algo más que la de un hombre profundamente liberal, con estar tan enraizado su liberalismo en el suelo de la historia y con ser tan sensible a los problemas universales de justicia de nuestra época. Su voz tenía algo de tono profético, algo de voz de una América todavía inconsciente u olvidada de sus destinos; una voz continental que se adelanta a su tiempo y a los de su raza.

Porque la voz de la América de lengua española no es aún la redonda e indómita voz del señor Coll. América —la nuestra,—como unidad espiritual, vaciada en el troquel único de una lengua, no ha dicho su palabra aun. Tal o cual guerrillero suelto, que nunca ha faltado, es la excepción. Pero los Estados callan, y cuando alguien, propio o extraño, levanta su voz, le conminan llevando el dedo al labio o se la matan por asfixia en un denso silencio. La voz de América está aherrojada en repúblicas como Santo Domingo y en algunas centroamericanas, donde los Estados Unidos ahogan con el dogal de la fuerza o con los cordones de la bolsa cualquier conato de articulada protesta. Asesinado Carranza, el gran libertador de la economía mejicana, la voz de América está adormecida en Méjico, mientras el señor Obregón prefiere la componenda con el imperialista capitalismo yanqui sediento de petróleo de la vecina república meridional, a una lucha acaso arriesgada, pero salvadora, porque transigir con el fuerte y codicioso es acrecentar su codicia y fortaleza. La voz de América está muda en la mayor parte de las otras repúblicas: porque el silencio entra en los réditos que hay que pagar a los Estados Unidos del Norte por sus préstamos públicos, o por su intervención en las aduanas nacionales, o por la ingerencia, cada día creciente, de su capitalismo en

la economía pública y privada de cada país, muchas veces incluso en su Prensa, de este modo forzada al silencio, cuando no al panegírico. Unos temen a los Estados Unidos porque son el Shylock que puede prestar si todavía no ha prestado, o cobrarse en una libra de carne humana si no se le paga a la hora del vencimiento; otros los buscan o adulan porque, en los conflictos territoriales o de amor propio con algún vecino, esperan que la amistad de la República del Norte sea el peso decisivo en la balanza. Y por una razón u otra, todos callan.

Pero he aquí que el señor Coll habla sin temores ni eufemismos y da a toda la América de lengua española el ejemplo y la norma: «Lo primero que hay que hacer con los norteamericanos—dijo—es no temerlos; admirar su cultura y su lengua, pero no aceptarlas como imposición; respetar su industrialismo, utilizarlo, pero no dejarse arrollar por la mecánica económica; aprender en su historia las luchas por la justicia y la libertad, para saber reclamarles oportunamente estos principios; ir bajo su bandera a combatir por la independecia de otros pueblos, como hizo Puerto Rico cuando vinieron sus soldados a Europa a defender a Bélgica y a librar varias nacionalidades oprimidas, para hacer sentir a los Estados Unidos que el de independencia no es sólo un derecho egoísta en quienes lo piden, sino un deber universal para todos».

Puerto Rico—total como nos lo ha presentado el señor Coll—revive la historia ejemplar de las pequeñas nacionalidades que supieron vencer con la energía de su espíritu a poderosos dominadores. Reciente está el caso de Transvaal, y más reciente aún, el de Irlanda. Cuando un pueblo es independiente en su conciencia, aunque esté encadenado en su cuerpo; cuando los adaptados, los sometidos—los Pérez y González convertidos al sajonismo, a que aludía jocosamente el señor Coll—son minúscula excepción, no hay poder humano que no se quiebre, a lo largo del tiempo, contra el acero íntimo de su personalidad.

Pero tampoco sería justo hacer responsable a toda la gran nación norteamericana de las injusticias de sus gobernantes. También en los Estados Unidos, como en todas partes, hay dos clases de hombres y dos clases de patria: los hombres y la patria de la idea y la justicia, y los hombres y la patria de los apetitos y los intereses. Wilson era de los primeros y fué liberal con Puerto Rico; Harding, capitán de finanzas, es de los segundos y es opresor con Puerto Rico. No abundan los Wilson, capitanes del ideal; pero ellos crearon la nación norteamericana y en la hora crítica ellos aparecen, como en la gran guerra, a combatir por los intereses y principios comunes a todos los hombres, incorporados en la personalidad específica de cada pueblo. Ese tipo de idealista norteamericano, demócrata y federalista, por oposición al autoritario, materialista e imperial—especie propia del partido republicano,—es el que ha estado ausente de la Conferencia de Washington. Pero existe en los Estados Unidos, y algún día reaparecerá en las cimas del Gobierno. Entre tanto, bien hará el Puerto Rico del señor Coll—que no es el de algunos acomodaticios Pérez y González—en defenderse de los desmanes de los Estados Unidos de Harding y en dar a las demás repúblicas de lengua española el alto ejemplo de que, para sucumbir, no hay peor sistema que el de temer y doblegarse.

(*La Voz*. Madrid).

Los poetas nuevos de Costa Rica

VICTOR MANUEL ELIZONDO

LA MUCHACHA FEA QUE VIVIA FRENTE A MI CASA

Vecinita mía, la de ojos tristes,
que contemplo a veces al atardecer,
al través del vidrio de tu ventanita
mirando la lluvia pausada caer.

Conozco tu pena: la melancolía
de tus ojos negros me la reveló;
has soñado tanto! tanto has esperado!
que hoy sólo te asiste la desilusión.

El Príncipe rubio de tus ilusiones
que ha sido en tu vida como un sueño azul,
se tarda y no llega a besar tu mano
y tú, con paciencia le esperas aún.

Bien sabes la causa: has nacido fea
y las pobrecitas que nacen así,
aunque sufran mucho no son amparadas
por Príncipes rubios como Lohengrin.

Si vendrá mañana? Por qué tardaría?
ha sido hace tiempo tu interrogación;
y al pasar los años tornándote vieja,
cuando nadie observa, lloras de dolor.

Y sientes entonces profunda nostalgia,
pues Dios ha olvidado que te hizo mujer,
y que palpitante tu entraña infecunda
te exige ser madre, como otras, también.

Un día de tantos tocarán tu puerta;
tu Príncipe rubio será quien llegó?
brillarán tus ojos con rara alegría,
y habrá en tus mejillas rosicler de amor.

Dios mío, que fría te pondrás entonces!
que triste sorpresa tendrás que sufrir,
al ver a tu puerta la Guadañadora,
que con un sudario pregunta por ti!

Vecinita mía, la de ojos negros,
ves cómo comprendo todo tu dolor?
si piensas que nadie te observa en el mundo
tu pena hace tiempo la conozco yo.

PINCELADA CAMPESTRE

Como si no quisiera morirse todavía
—talvez porque ha sentido que su vida fué [escasa—
con sus débiles rayos el sol en agonía
se agarra de los árboles que rodean la plaza.

Pero por fin lo absorbe lo oscura lejanía
y ahora todo es silencio: mudo el Angelus [pasa;
y como triste queja de amarga nostalgia
el mugido de un toro la campiña traspasa.

Al frente de su iglesia su santidad pasea,
el pastor de mil almas, el Cura de la Aldea
que lee en latín las hojas de un mugriento [breviario

Y solo lo interrumpe a veces el antojo,
de mirar santamente con «el rabo del ojo»,
las piernas de una chica que va para el ro- [sario.

EL HIJO Y LA MADRE

—Quién me llama en la sombra, cuando [duermo, Dios mío,
y con suaves caricias mis ensueños provoca?
—Soy un poco de tu alma que se muere de [frío
sin el cálido aliento que despide tu boca.

Y en la brisa traviesa que se agita en la [sombra,
quién tan quedo me llama, quién tan suave [me nombra?
—Pero no me conoces? si mi íntima esencia
sólo es forma intangible de tu misma exis- [tencia.

—No te veo y te anhelo, dime pronto quién [eres?
porque a veces te escucho y en ensueños te [siento,
ignorándote te amo sobre todos los seres,
alma mía, eres sombra, eres brisa, eres vien- to...?

—Cómo es eso: me ignoras y en tu vida [he vivido;
entre todos tus sueños el más dulce yo he [sido.
Cuando amor en tu alma dulcemente nacía,
me escuchaste mis manos palmotear de ale- [gría?

Pero no me recuerdas? Muchas noches de [aquellas
en que nada dormías, no soñabas conmigo?
Soy tu hijo, que vaga todavía en las estrellas
y solloza en la noche por venirse contigo.

AL MARGEN DEL "LIBRO DE JOB" (*)

POR CARMEN LIRA

LAS bodas de mi hermana Estefanía se celebrarán el domingo, y hoy es viernes.

Después de comida, Estefanía y yo nos reunimos en la sala. Fuera la lluvia y la noche tejen su maraña de cristal y sombras, y mi egoísmo goza de la voluptuosidad de estar bajo un techo amigo, con los pies secos, y mi espíritu sabe que si proyecta sus antenas, sentirá muy cerca cariños muelles y tibios. Estoy sentado en un rincón fumando mi pipa y me olvido de mí mismo, contemplando el humo. Parece que en mi cabeza está plantada esta viña intangible, vaporosa, inquieta, que hace espirales, se distiende con movimientos eurítmicos, ya indolentes, ya amorosos, y de cuyos sarmientos brotan pámpanas y racimos de formas desconocidas. Mis ensueños más vagos, más inefables, suben a lo largo de los tallos ondulantes, danzan en las volutas grises y se pierden en la penumbra.

Estefanía se ha sentado a coser junto a la lámpara de sombra bermeja y la luz cabrillea en sus cabellos claros. Pienso en los rayos de sol que brillan en el verano sobre las praderas. Bajo sus pestañas caídas, se entreveen sus ojos en los que el Amor ha derramado su licor de inquietud y deseo. Y no se sabe si es de ellos o de su boca, en la cual la juventud pusiera todas sus complacencias, de donde brota esta sonrisa que viene a adormecerse bajo los cabellos que enmarcan el rostro.

—¿Qué haces, Estefanía?

—Termino el pañuelito...

Comprendo que es el pañuelito que ha de llevar en el día de sus bodas.

El pequeño cuadrado blanco de trama sutil, con su cenefa de encaje, parece entre sus manos un pedacito de Ilusión.

—Quiero tocarlo, Estefanía... Préstamelo.

Me mira con sus ojos muy abiertos y me lo da.

Es de lino y en torno suyo—como un seto florecido en torno de un jardín—hay un encaje en punto de nieve. Fué uno de los regalos que le traje de mi último viaje. Lo compré en Brujas, en un Beguinage, a una viejecita que trabajaba ante su almohadilla, mientras los bolillos cantaban su monótona canción de paz, y en el patio los álamos temblones hacían palpitar la quietud del recinto.

Lo pongo ante mis ojos y el ambiente adquiere a través de la tela, un encanto que no me es dado explicar.

La lámpara semeja una rosa nacarada que se derrite en la luz, y entonces yo digo:

—¡Oh! Estefanía, me parece mirar tu corazón...

—Siempre serás un chiquillo, Juan, siempre.—Y me acaricia la cabeza. Me ha hablado con el tono protector con que hablan las mujeres cuando sus bodas están próximas.

Volvió a su labor.

Contemplándola pensé en su prometido. Quizá en ese momento venía en busca de ella, a través de la lluvia, sin poner atención en el barro que hollaban sus pies, ni en el agua que caía del cielo.

Es fatal que siga la órbita que le han trazado los dioses.

Estefanía ha dejado la costura en el regazo, la mano en el aire con la aguja enhebrada. Sus ojos miran como los de los alucinados... Tal vez teje encajes con el hilo de su fantasía en torno de su Anhelo. Blonda y lino blanquean en su regazo y yo imagino que allí se termina un rayo de luna.

De pronto una angustia ya conocida, se apodera de mí, y la habitación se puebla de visiones perturbadoras. Hay en torno mío como un murmullo de gorjeos, de lloros y de risas infantiles. Yo sé que son los hijos de Estefanía que están allí. Los seres que han de salir de sus entrañas, los hijos de mi hermana y del hombre que en este instante viene bajo la lluvia y sobre el lodo, impulsado hacia ella por la vida que quiere seguir adelante. No los veo, pero aquí están en la sombra.

¿Cómo son? ¿Rubios? ¿Morenos? En sus facciones y en sus sentimientos resucitarán rasgos de quién sabe qué abuelos, partículas de cuyo polvo quizá anden en el barro que pisa este hombre misterioso que se unirá a Estefanía. Y serán llamados buenos o malos, y serán dichosos o infelices y reirán y sollozarán y en su boca estará la mentira, la verdad, la blasfemia o la bendición. Y tal vez alguna de esas criaturas que aun no son, será atormentada por el misterio de la Vida y de la Muerte con la intensidad con que me atormenta a mí... y a veces se estremecerá al sentir que la locura muerde su pensamiento.

¿Serás fuente de salud y de virtud, hermana Estefanía, o acechará en tus entrañas la enfermedad y el crimen? ¡Oh! hermana mía!

Un gemido se escapa de mi pecho y tiendo las manos hacia ella, pero no me oye, porque unos pasos que conoce muy bien, suenan en el zaguán. Su faz se ilumina y a sus labios y a sus ojos asoma el Amor desnudo y tembloroso. Se levanta presurosa y el pañuelito que reposaba en su regazo, cae olvidado entre sus pies que lo maltratan.

*

¡LA tierra ha dado tantas vueltas desde aquella noche y yo he peregrinado tanto sobre ella!

El mayor de los hijos de mi hermana Estefanía cumplió ya los veinte años. Es por ese entonces que hago un alto en mi país y a los pocos días de mi llegada Estefanía da a luz una niña. Los padres están muy contentos porque es la primera mujer que nace de ellos.

Al penetrar en la habitación de la parturienta me conmuevo al contemplar la figurilla bien arrollada en sus pañales, prendida del seno materno como un fruto de la rama, y el ruido que produce al mamar con avidez, me hace sonreir. Un rayo de sol penetra por alguna parte, se quiebra en el bisel de un espejo y va a derramar sus iris en la almohada de la recién nacida. Es como un nimbo de alegría. De afuera llega el sonido sugestivo de un cántaro que se llena, acompañado del de unas risas jóvenes. Un soplo de brisa empuja hacia adentro por la ventana, un gajo de sauco; en el piso cae una lluvia de estrellitas blancas y hasta mí llega el perfume tibio de la flor.

Diego entra a cada rato en puntillas, mira a la niña emocionado y le besa las manitas con devoción.

Diego es el mayor de los hijos de Estefanía. Me gusta mucho este muchacho, me parece muy leal. Es muy silencioso y más bien huraño. Es poeta y ya ha hecho versos de amor ardiente y doloroso, sin haber amado a una mujer determinada. En la pared, cerca de su almohada tiene escrito «Mon Reve Familier», y antes de dormirse murmura:

«Je fais souvent ce reve etrange et pénétrant» etc.

(*) De las *Fantasías* de Juan Silvestre.

Los otros hijos de Estefanía no me son simpáticos, aunque son limpios y traen buenas notas de la escuela. Hay uno muy grosero y otro servil y gavetudo como una cómoda de los tiempos viejos.

Aquí, ante la cama en que han nacido todos ellos, en la que yace ahora Estefanía,—una Estefanía marchita, bien diferente de aquella linda y dulce criatura de antaño,—con ese pequeño y misterios ser a su lado que me intriga y turba como un aparecido, recuerdo la noche en que ella esperaba a su prometido, mientras con una angustia infinita en mi interior, yo sentía la habitación poblarse de gorjeos y lloros y moverse en los rincones las sombras de las larvas que en este instante son una tangible realidad para mí.

Día llegaría también en que la escena presente se iluminaría en mi memoria con una precisión que intensificaría el momento: estas risas jóvenes acompañando el agua que entra como un chorro de música en un cántaro, el rayo de sol que se quiebra en el bisel de un espejo y viene a poner una aureola irisada en torno de la cabeza de la niña, y Diego inclinado sobre ella diciendo con su voz profunda y aterciopelada:

—Te llamarás Guaria, hermanita. ¿Verdad, mamá, que su nombre será Guaria?

Porque Diego quiere que tenga el nombre de la flor que adorna las tapias y los troncos del valle nativo por el mes de marzo con una gracia melancólica que pone en los ojos que la miran bajo la pesadez de un cielo humado por las quemas, una caricia de mística alegría.

•

Si yo quisiera contar con los dedos de mis manos las veces que encontré a Guaria sobre la tierra, encontraría que me sobrarían dedos.

Después del día en que la vi recién nacida, la hallé uno en el regazo de su madre y por cierto que el fino gorrito de batista adornado con una punta de encaje muy delicado, me puso a rememorar un blanco pañuelo de lino con encaje de un punto veneciano, que una vez, hacía de ello muchos años, ocupaba ese mismo lugar. En otra ocasión estaba en los brazos de Diego en el jardín. Tenía los ojos muy abiertos, como ansiosos de luz.

—Mire—me dijo el hermano—tiene los ojos del color que los tienen los terneritos recién nacidos.

Me incliné sobre la carilla mofletuda y sin expresión y estremecido vi flotar el misterio en el fondo de su mirada limpia.

Luego partí y durante mi ausencia; Estefanía quedó viuda. Regresé a los cuatro años, pero no vi a Guaria. La familia pasaba en esa época una temporada en el campo. Estuve con Diego y recuerdo que en una ventana de su cuarto había un par de zapatitos negros maltratados que parecían una pareja de conejitos enfermos.

—Son de Guaria— me explicó Diego con su voz profunda en la que se puso a cantar la ternura.

¡Y mirándolos medité en tantas cosas!

En los breves pies en los cuales los pequeños dedos redondos formaban como una fila de caracolitos nácar y rosa. ¿Por qué caminos llevarían a Guaria? Los vi saltar alegres y descuidados, agitarse lo mismo que las alas de los pájaros cantores, ir y venir rosados y ágiles y luego arrastrarse como pétalos marchitos o como las hojas secas en el otoño.

Partí de nuevo y transcurrieron y transcurrieron los tiempos. Volví a ver a los míos cuando Guaria tenía doce años. La encontré muy alta y me gustó mucho. Era morenucha y pálida. Aquellos sus ojos del color que los tienen los terneritos recién nacidos, se habían transformado en unos ojos grandes, serios y oscuros que de rato en rato titilaban como las estrellas. El cabello negro y animado le caía hasta los hombros y aquel marco sombrío y onduloso le daba cierta expresión salvaje a la fisonomía.

Vino a verme con su madre que ahora era una insignificante señora marchita, tímida y callada, que buscaba siempre los rincones para sentarse con los brazos cruzados como si tuviese mucho frío.

La niña estuvo formal un rato haciendo un inventario de mi persona y de la habitación, con su mirada seria, y luego se escabulló. Por la ventana podía seguir sus ir y venir por el viejo jardín descuidado de la antigua casa paterna. ¡El viejo jardín que tan grande, lleno de escondrijos y de cosas curiosas me pareciera de niño y que ahora encontrara tan pequeño y regular a pesar del descuido en que se hallaba.

Cuando salimos al corredor la vimos acomodada en la rama más alta de un árbol de dama, que estaba florecido y que saturaba el ambiente con su perfume que tiene la propiedad de poner el espíritu dulcemente triste.

—Guaria, baja por Dios— gimió la madre.

—No, mamita, déjeme. Viera como me mece el viento. Tal vez parecido es volar.

Entró Diego. Ya era un hombre de treinta y más años. Me parece verlo como en aquel instante, con su cuerpo alto y fuerte ligeramente encorvado, y su rostro noble y triste en el que la sombra azulada de una barba tupida y bien afeitada, le daba una interesante expresión de virilidad. Se había tornado muy serio y su gesto era desalentado.

¡Pobre Diego! Era uno de esos hombres que no han podido hacer ninguna de las tres cosas del consejo oriental: tener un hijo, sembrar un árbol y escribir un libro. Y sin embargo, muy hondo, en el corazón de su yo, allí donde reside lo más sensible del ser, la llama del genio les martiriza la carne y el espíritu.

Yo le decía alguna vez en tono de broma: ¿Verdad que cuando mueras encontraremos en tu gaveta un diario parecido al de Amiel?

O bien: Mira, mi querido Narciso, que estás enamorado de tu imagen y que te vas a ahogar en las ondas que te reflejan.

Y él sonreía tristemente y contestaba: Ya estoy ahogado. ¿No lo ve?

Sus hermanos lo veían con cierto desprecio y decían de él que era vagabundo.

Cuando entró Diego, Estefanía le dió quejas:

—Mira a Guaria, hijo. Dile que baje.

—Déjela señora, ¿qué importa eso? ¡Le quedan tantos años para ser seria y colocarse en los sitios reservados a las personas formales!

Tan luego como la niña vió a su hermano, bajó coronada de flores de dama. Vino a sentarse a su lado y apoyó la frente en el pecho de Diego con un gesto pleno de cariño y confianza. El la acarició en la frente con tanta delicadeza como si tocara un vaso de cristal muy fino. Yo me sentí emocionado.

*

NUESTRO planeta ha girado miles de veces sobre sí mismo y más de dos lustros alrededor del sol. En tanto, yo he rodado tierras y por fin he vuelto a la querencia, como dicen nuestros campesinos.

He encontrado que mi pobre Estefanía ya casi no ocupa espacio, tan encogida y seca se ha hecho.

¿Y sus hijos?

Diego salió hace dos años de su patria y no se ha vuelto a saber de él.

—Es como tú Juan—dice mi hermana. Parecen malditos, no conocen el sosiego.

Cuando Guaria habla de él, su voz desfallece y los ojos se llenan de agua.

—¡Mi hermanito!... ¡Si estuviera aquí!...

Guaria tiene ya sus veinte años y al verla murmuré un verso que leí no sé dónde: «La juventud tenía en ella el encanto del rocío sobre la flor recién abierta».

No sé por qué en esta criatura existía el poder de agitar en mí, intensamente, ciertas ideas que ponían mi corazón a palpitar con inusitada violencia y mojaban de sudor mi frente, ideas sobre la vida y su misterio. Después que la miraba y dirigía los ojos en torno mío, todo me parecía de otro color, del color que tiene el ambiente en las pesadillas, mis parientes eran seres extraños y una inmensa piedad por ellos irradiaba de mi pecho.

Indudablemente era algo extraordinario.

Los otros hijos de mi hermana me son antipáticos y casi repulsivos.

¿Por qué?

Hay uno, sobre todo, con cara de arcángel, cuyos bigotitos rubios dijéranse forjados con los oros celestiales, quien siempre habla del honor y del buen nombre. Es abogado y el aire queda espeso tras él.

En esa manía de la honra, le hace coro otro, un machetón que se vive entre perros y caballos, que se emborracha a menudo y que no sé de dónde ha sacado esos remilgos. Por todas partes ve injurias inferidas a su inmaculada persona, que él venga, aplastando narices y dejando ojos marcados de negro. Yo le llamo el Licenciado Vidriera

Hay un tercero que es un comerciante de mala fe, pero de mucho prestigio. Ha logrado casar con una rica heredera cuya familia tiene también la monomanía de la decencia. Claro que esto los hace vivir en una tremenda incomodidad, pero ellos se portan como si no lo echaran de ver.

Estefanía respeta y teme a sus hijos y les habla lo mismo que si se dirigiese al Santísimo Sacramento, y ellos la tratan como a una pobre criatura.

Guaria vive en esta honrada sociedad como esas desventuradas flores que caen en las garras de algún botánico maniático, quien para conservarlas en toda su pristina apariencia, las manipulan con preparaciones químicas y las estrujan sin piedad.

—¡Si estuviera Diego aquí!,—la oí exclamar en más de una ocasión. Yo comprendía que en estas cuatro palabras había encerrado todo un anhelo de protección y de cariño, porque Guaria no tenía en su madre ni amparo, ni compañía.

He sido informado además, que Guaria tiene un novio que no es del gusto de sus hermanos y cuñada, y con quien ella se ve a las escondidas.

*

HE estado a visitar a mi hermana y a mi sobrina, y he encontrado a Guaria con los ojos enrojecidos e hinchados de llorar.

La madre suspira y se queja:—¡Sea por Dios, Señor!

Ha habido una escena a propósito de Guaria y de su novio. Los hermanos la han amenazado con echarla de la casa si continúa en su capricho y el mocetón aquel que parece de vidrio hasta ha hablado de matar.

Yo le ofrezco mi casa y mi protección, pero ¡oh Dios! los hombres somos opacos y ella no logró percibir la sinceridad de mi oferta, apesar del calor que puse en mi voz.

Se ha quedado viéndome con sus ojos maltratados, de los cuales hace más de veinte años dijera su hermano Diego—mientras apretaba contra su pecho la frágil criaturilla—que recordaban los de los terneritos recién nacidos. Entonces el dolor estaba muy hondo bajo ellos, pero ha logrado ir abriéndose paso a través de la carne y allí está ahora, a flor de pupila, como un nenúfar abierto sobre aguas agitadas por el viento.

*

HA acontecido una tragedia. Guaria desapareció una mañana de su casa. Dos días después sabemos algo que pone mi carne a temblar de dolor.

Guaria buscó asilo en una finca, propiedad de su madre, muy lejos de la ciudad. Allí dió a luz un niño y lo mató con sus propias manos. ¡Sí, con sus propias manos!

Al saberse perseguida, huyó por la montaña. Al día siguiente la encontraron muerta en el fondo de un despeñadero. Dicen que las aves del cielo comenzaban ya a hacer círculos en el aire brillante de esa mañana de noviembre, muy arriba, sobre el lugar de la catástrofe.

¡Oh! Guaria, querida niña!

*

VAMOS de noche, en un tren, a través de la oscuridad, hacia un punto de sangre.

Por las ventanillas pasan las masas de tinieblas. A veces, muy arriba, el escalofrío de una estrella.

En algún lugar, en espera nuestra, hay un cuerpo joven, destrozado. ¿Y en dónde estará el niño asesinado por unas manos jóvenes que yo quisiera besar rebosantes de amor los labios, a pesar de la maldición que flota en torno de ellas? ¿Cómo sería el instante en que esas manos estrujaron el cuello del hijo? ¿Cómo sería la sensación?

La locura se desenrosca en mi cabeza y me mira a través de su membrana nictitante. Mis extremidades son de hielo. Quiero pedir socorro. ¿A quién?

En un rincón del coche, Estefanía es un ser a punto de consumirse. Yo sé que aquel pequeño bulto es Estefanía. En el otro extremo los hermanos de Guaria forman un grupo silencioso que me exaspera. Hay uno que fuma. Cada vez que la brasa del cigarrillo se enciende, veo sus bigotes de oro y su rostro paradisiaco.

¡Es terrible!

*

ESTE bulto informe que yace en una cama, es Guaria. Sobre una mesa, a la cabecera, se consume una candela bendita. La llama danza, se encoje, se estira como si quisiera lamer los pies de un espectro, y la habitación se puebla de sombras temblorosas,

Ha quedado descubierta la parte superior de la cabeza y sobre la cabellera opulenta, revuelta y ensangrentada, pasa la luz, fatídicamente, y uno piensa

en el resplandor de relámpagos lejanos, sobre una selva incendiada.

En un rincón, la madre envuelta en un manto negro ocupa un ángulo de la silla. Está inmóvil, dijérase que no respira.

El recuerdo de la noche en que Estefanía cosía en su pañuelito de bodas, aparece en mi memoria: el blanco lino y el encaje de punto de nieve y los dedos sonrosados y jóvenes, yendo y viniendo movidos por la Ilusión.

Y el del día en que nació Guaria, también está aquí, con aquellas risas jóvenes y el chorro de agua cayendo en un cántaro y el nimbo irisado en torno de la cabeza de la recién nacida, que encendía el rayo de sol al quebrarse en el bisel de un espejo.

¡Oh dioses! ¡Y muy lejos, muy lejos, quién sabe dónde, el buen hermano Diego que tanto amara a Guaria, ignora el destino de su querida chiquilla! ¿Habrá tenido algún aviso misterioso?

He perdido la noción del tiempo y del espacio. En alguna parte, no sé si es dentro o fuera de mí, la voz del *Job* bíblico dice llorosa, trágica y resignada: «El multiplica las gentes y El las pierde: El esparce las gentes y las torna a recoger».

Domingo 22 de enero 1922.

(Envío de la Autora).

El mejor proteccionismo

Por LUIS DE ZULUETA

Tiene, en algunas de sus monedas el pequeño reino de Dinamarca grabados un pez y una espiga. Quiere esto decir que sus habitantes fueron tradicionalmente marineros y labradores. Y más aun que la pesca, ahumada luego bajo los techos de madera de sus brumosas costas, era el cultivo del trigo en sus campos húmedos lo que constituía la riqueza fundamental del pueblo danés.

Pero, hace ya años, un mal viento sopló sobre la próvida espiga, acuñada en los discos de plata como símbolo de riqueza. A causa de la competencia de los trigos extranjeros, que invadían el país, se produjo una gravísima crisis agraria. Fué un momento decisivo. Los precios de los cereales bajaban. ¿Qué hacer para salvar de una inminente ruina a la producción nacional?

En nuestra patria, el problema no habría existido. Aquí cuando un producto extranjero o una manufactura extranjera pueden venderse baratos, se les imponen, al pasar por las Aduanas, los oportunos gravámenes para que resulten dos o tres veces más caros que el producto español o la manufactura española con los que respectivamente habría de concurrir en el mercado. No se limita nuestro proteccionismo, por lo común, a un moderado margen de favor, ni se reserva para los casos especiales; las industrias nacientes y los momentos difíciles. No. Casi toda nuestra producción medra sólo al socaire de una arancelaria muralla de la China.

Claro está que esa solución tuvo también sus partidarios en Dinamarca. No faltó quien defendiera ya la nueva política de los precios altos y la vida cara. El Gobierno se dispuso a adoptar las oportunas medidas proteccionistas a favor de los trigos daneses, base principal de la prosperidad de aquella nación.

Mas entonces ocurrió en Dinamarca un singular fenómeno colectivo. Surgió la protesta. La protesta de los propios interesados, cultivadores de trigo, que consideraban humillante para ellos e injusta para el resto del país consumidor la protección aduanera que les brindaba el Gobierno! Resulta apenas creíble esta generosa actitud. Fueron, sin embargo, treinta mil los agricultores de Jutlandia que firmaron la declaración siguiente:

«Nosotros, campesinos daneses, no queremos que se establezca un derecho de entrada sobre los cereales. No deseamos que, con medidas artificiales, se encarezca el alimento de nuestros compatriotas».

Si nuestro trigo es más caro que los trigos extranjeros, dijéronse después para sí aquellos bravos labradores, no tenemos derecho a empeñarnos en producir lo que otros producen mejor que nosotros. Estudiemos las condiciones naturales del suelo, transformemos, en consecuencia, nuestros cultivos; adaptémonos a las nuevas realidades económicas. Seamos lo bastante fuertes y lo bastante honrados para cambiar de camino, aprendiendo a producir lo que producir podamos mejor que los otros.

¿Cuál fué el resultado? Una verdadera revolución en el trabajo y la economía nacionales. En todo el país, el cultivo del trigo, más propio seguramente de otras tierras, fué reemplazado por los prados, la ganadería y las industrias lecheras. Se perfeccionaron, además, los procedimientos, renovóse la maquinaria agrícola, progresó la técnica. Y no sólo progresó la técnica material, sino la técnica social: el sistema cooperativo facilitó la producción. Aquellos labradores desinteresados acabaron por encontrarse más ricos que antaño, exportando ahora sus productos al mundo entero. Sólo en el puerto de Londres se descargaban diariamente treinta mil kilos de manteca danesa. Las espigas de trigo desaparecían de los campos; pero se multiplicaban en las piezas de plata.

Ahora bien... ¿Por qué en las granjas de Dinamarca era tan amplio, tan excepcional el espíritu de los campesinos que no tiene semejanza entre los de toda Europa? Una revista extranjera de educación—la «Revue Pédagogique»—en la que encontramos los anteriores datos, sostiene que cualquier danés contestaría sin vacilar a esa pregunta. Es la obra, diría, de nuestras Escuelas Superiores.

Muchos de los campesinos daneses concurrían a estas Escuelas. A mediados del siglo XIX, un pobre maestro, de alma de apóstol, que, desde sus llanuras escandinavas, había peregrinado hasta Esmirna y vivido en Oriente trabajando como encuadernador de libros, para regresar luego cruzando la Europa a pie, reunía en una aldea de Tionía, bajo el techo de paja de una cabaña construída con sus manos, a los jóvenes labriegos que querían venir a conversar con él sobre los problemas morales de la vida humana.

Hoy las Escuelas Superiores rurales están instaladas en confortables edificios y tienen todo el material necesario. Pero siguen fieles al impulso ideal que las creó. Nacen espontáneamente, costeadas por los propios campesinos, donde quiera que un grupo deseoso de instruirse encuentra un profesor universitario o un maestro de escuela que sepa llegar al corazón del pueblo. Son internados libres, donde conviven numerosos alumnos, a veces algunos centenares distribuidos en varios edificios. La mayor parte de esos muchachos labradores está comprendida entre los diez y ocho y los veinticinco años, consagrándose al estudio y a la propia educación durante los meses de invierno, época en que se organizan los cursos de estas escuelas. ¿Qué se aprende en ellas? ¿Acaso la agricultura práctica o la técnica industrial? Nada de eso. En aquellas aulas, donde resuenan los zuecos de madera, lo que los labriegos buscan es, precisamente, el puro saber y la cultura espiritual elevada. Es la Historia, es la Música, es la Etica, son las teorías de la Física o las leyendas de los Héroes lo que principalmente solicitan, a costa de su tiempo y de su dinero, aquellos trabajadores de las húmedas llanuras septentrionales.

Lo demás, viene luego. Primero, la razón, la ley moral, la humanidad, el sentido superior de la vida. Después, una conducta sincera, como la que se

manifestaba en aquella noble protesta de los treinta mil agricultores de Jutlandia. Y, al fin, por contragolpe, los rebaños, la mantequería, la prosperidad material. ¡Profunda lección la de esta paradójica historia!... Esas prosaicas pirámides de latas de dorada manteca danesa no llenarían hoy los escaparates de comestibles del mundo entero si una vez un pobre maestro de escuela no hubiera atravesado a pie, y con todo su ajuar en una carretilla de mano, la Europa Central, desde Trieste a Copenhague, llevando en el alma un ensueño idealista de educación moral del pueblo.

(La Libertad. Madrid).

El mar visto al microscopio

Por L. D'ANGLES

Mirad a la golondrina o al martinete volando.

Llevan el pico ampliamente abierto para capturar a los diminutos mosquitos que en enjambre vuelan. Si tuviesen que cogerlos uno a uno, jamás el producto de su caza sería suficiente para alimentarles; pero ponen la trampa de su abierto pico: son masas vivientes.

No proceden los hombres diferentemente para recoger a los pequeños seres que pueblan el seno de los mares; no pudiendo cogerlos individualmente, pasean por el mar grandes redes de seda, de mallas muy estrechas (propias para tamizar la harina), en la que se acumula una verdadera masa de animales microscópicos.

Hay redes de toda clase, adecuadas a la profundidad a que se ha de pescar.

La red más sencilla de las que se emplean en los laboratorios marítimos (en Roskoff, por ejemplo) consiste en una gran bolsa cónica, sostenida en su parte anterior por un aro metálico y envuelve por su parte posterior el cuello de un recipiente de vidrio. Se arrastra todo el aparato, cuya longitud viene a ser de dos metros, a remolque de un barco, y, a causa de la anchura de la boca de la bolsa y de la permeabilidad de su tejido, éste filtra una gran cantidad de líquido, quedando recogidos en el fondo del recipiente una infinidad de seres microscópicos.

En las grandes expediciones oceanográficas, como, por ejemplo, las del príncipe de Mónaco, se emplean otros varios sistemas de redes superficiales mucho más perfeccionadas; pero en lo que más han aguzado el ingenio los sabios es en la preparación de redes para las pescas profundas.

El problema a resolver en este caso era el siguiente: construir una red que no se abriese más que a determinada profundidad y que se cerrase automáticamente al mismo nivel, después de haber trabajado y antes de subirla a la superficie.

Es decir: había que pescar los animales que se encontrasen a la profundidad prefijada, sin mezclarlos con los que hubiese a otras profundidades.

¿QUE ES EL PLANCTON?

El mundo marino comprende dos categorías de seres: los que viven sobre el fondo y los que viven sobre dos aguas, flotando o nadando. Los naturalistas designan a esos dos grupos por benthos y plancton, respectivamente. Sin embargo, se reserva más especialmente el nombre de plancton al conjunto de los animales y vegetales pequeños que flotan en el seno de las aguas.

Los mayores de los que ocuparán nuestra atención tienen un centímetro de diámetro. Son pequeñísimas medusas absolutamente transparentes. Sólo se pueden distinguir iluminando, según cierto ángulo, el bocal lleno de agua que lo contiene,

Otros animalejos, los copepodos, tienen algunos milímetros de largo; pero compensan su exigüidad con una facultad de reproducción sencillamente prodigiosa, pues llegan a constituir espesos bancos, que sirven de alimento a los peces y aun a las ballenas.

Compréndese fácilmente que el estudio del plancton no sea de desdeñar, ya que la vida de los peces depende de la de ellos. Sábese hoy, gracias a pacientes trabajos de los oceanógrafos, que los peces emigrados, como el bacalao, el arenque, la sardina, la caballa, siguen de ordinario los desplazamientos del plancton.

Si las corrientes marinas se llevan, por ejemplo, al plancton lejos de una determinada costa, inmediatamente los peces emigrados van siguiendo a su alimento favorito, y los bancos que aquellos forman se alejan también de aquellas costas, con detrimento de los pescadores.

Los copépodos tienen sobre la de ordinario una transparencia perfecta, y tan sólo en el centro del cuerpo presentan una microscópica masa obscura, sus órganos internos.

Los copépodos tienen sobre la cabeza dos antenas, que sirven para la natación. Su cola se prolonga en unos filamentos más o menos ramificados, desplegados a menudo en abanico, y cuyo principal objeto es el de que pueda el animal flotar y aun obedecer a las corrientes marinas. Sus bancos forman en el mar enormes manchas rojas de varios kilómetros de longitud.

Pero en el mar hay animales mucho más pequeños que los copépodos, o sea los que en su entusiasmo denominan los naturalistas radiosolares; es decir, radiantes como el Sol. No se les puede describir, tan hermosas son; no hay encaje, ni pieza de orfebrería que pueda con ellos compararse y más de un artífice de este arte se ha inspirado en ellos para los adornos de las joyas. Y, sin embargo, esas maravillas microscópicas no son más que el esqueleto de los radiosolares. Una gelatina transparente llena sus intestinos en el animal vivo.

La inmensa mayoría de los animales planctónicos son copépodos y radiosolares. El resto está compuesto de huesos y larvas de moluscos, gusanos, crustáceos, etc.

También los vegetales microscópicos forman un mundo tan rico y variado como el mundo animal. Sólo hablaremos de los diatómeos y de los peridinios, en virtud de su gran interés científico.

Los primeros tienen la misma talla que los radiosolares, y también un esqueleto constituído por materia silícea; flotan a merced del viento y de las corrientes. En su punto de permanencia figuran en cantidad de muchos millones por metro cuadrado.

Los peridinios tienen, por el contrario, un esqueleto de celulosa y desprovisto de silícea. Sus formas son menos variadas y abundan más en los mares templados.

Hay otros pequeños seres que no son vegetales ni animales, las noctilucas, que se presentan en forma esférica, blanda y transparente, un poco amarillas.

A ellas se debe la fosforescencia de las aguas del mar. Hay a veces tantas que hacen el agua viscosa.

El cieno del fondo del mar encierra multitud de esqueletos y caparazones

que pertenecieron a seres vivos microscópicos.

Lejos de las costas, a una distancia donde ya no llegan las arenas que acarrean los ríos, han recogido los oceanógrafos del fondo, y mediante instrumentos adecuados, barros sumamente ricos en restos de seres vivos de reducida talla.

En un gramo de barro de globigerinos, así llamado por contener con preferencia este orden de seres, hay de 50,000 a 100,000 conchitas que no exceden de medio milímetro.

Estas especies flotan, vivas, en el agua; pero al morir se acumulan en masas en el fondo del mar.

En el curso de los tiempos geológicos antecesores del actual, los barros de diatomeas, radiosolares y globigerinos se han ido depositando en el suelo marino, y puestos al descubierto por un desplazamiento de los mares (caso frecuente en la historia del globo), pueden constituir, después de su endurecimiento, piedras calcáreas adecuadas para la edificación o el trifol.

Un gramo de trifol contiene cuarenta mil millones de esqueletos de diatomeas, que han vivido hace millares de años en mares que ya no existen hoy.

Este último hecho, unido a otros varios, dará, indudablemente, al lector la impresión de la exhuberancia de vida que reina en el seno de las aguas marinas.

(*El Sol*, Madrid).

Problemas de un joven novelista

Por ALFONSO REYES

Lo que se llamó novela realista, pecaba, sobre todo, por dos exageraciones: Primero la exageración del procedimiento descriptivo, y segundo la exageración del *feísmo*.

Primero: A la descripción de lo que se ve con los ojos concedía un valor desmesurado, psicológicamente erróneo, y, lo que es peor, la descripción misma procedía con un método equivocado, inartístico, enumerativo de preferencia y siempre fatigoso. (¿A qué describir, por ejemplo, a lo largo de inacabables páginas, una calle sin ningún carácter?)

Segundo: Por «feísmo» entiendo ese otro defecto de aquella escuela que consistía en aplicar todo el entusiasmo romántico a la contemplación absurda, larga, casi voluptuosa, de las fealdades más groseras y soeces, (entusiasmo que los románticos puros habían aplicado al heroísmo, a la pasión, al amor o al dolor, a la alegría o a la muerte). (¿A qué describir, por ejemplo, a lo largo de inacabables páginas, los padecimientos de una cocinera, bajo las fatigas de Lucina?)

Fuera de estas dos exageraciones, podemos decir que la novela no ha descubierto hasta hoy otro camino mejor que el «realismo». Expliquémonos: la novela imaginativa, de mundos y seres irreales, sólo tiene un valor de escarceo literario, más o menos poético, pero menos puramente novelístico para el gusto de un moderno, que el de la novela que copia o finge el mundo y los seres de la realidad ordinaria. (La novela rusa es, tecnicamente, realista, en este sentido depurado de la palabra. Más intensa que la de los «realistas» típicos, sin duda. Pero, en otra afinación mejor, el instrumento, es el mismo).

Cuando el novelista joven se pone, por primera vez, a la tarea, le asaltan —si realmente pretende escribir una novela o un cuento de la realidad (en ese sentido modesto, nada dogmático ni comprometedor, que venimos dando a la palabra «realidad»)—varias dudas. Si se trata de un escritor libresco, sus asuntos derivarán de combinaciones de lecturas: recordará este pasaje de tal libro y aquel final de capítulo de tal otro libro, y, mezclándolo todo, sacará de ello una obra anémica. Pero si se trata de un escritor sincero, el asunto, o por lo menos, la inspiración original de su obra, surgirán directamente de los sucesos y seres de su vida real. Y aquí los problemas del joven novelista.

Cipriano Rivas Cherif intenta—en *Un camarada más*—la crítica de ciertas fases de la vida española (casi de la vida madrileña) en los últimos lustros: los azares de la aventura estudiantil, en torno a la primera muchacha que se matricula para la carrera de Derecho, saltando sobre la consabida «pared de cal y canto» de los viejos refranes; el fracaso de los ensayos para reformar las costumbres que don Francisco Giner de los Ríos—un varon santo—emprendió hace poco. Es, a mi entender la primera vez que la novelística española se atreve siquiera a bosquejar temas tan trascendentales, y a sorprender realidades tan sensibles, tan dolorosas. El joven novelista no quiere hacer de su novela un libelo. No quiere que se le tache de sacar a la burla pública a este o el otro maestro de juventud, y más cuando la sátira sólo puede justificarse a la luz de un idealismo severo. Pero la realidad se le impone por los ojos, grabada profundamente en su experiencia: está acostumbrado a asociar tales y cuales sucesos con determinadas figuras humanas, y tales caracteres con determinados nombres propios. Le parece que hay una mentira, una falsedad fundamental en cambiar su nombre de la vida o su verdadera apariencia a tal personaje... Y, sin embargo, tiene que hacerlo, a riesgo de escribir una «novela de clave». Y téngase en cuenta que él se propone hacer censuras o, por lo menos, mostrar los malos efectos de algunas buenas intenciones. ¡Ingrata tarea! Es fuerza transformarlo todo, alterar los perfiles y los nombres de la realidad, a fin de que la obra no se desenvuelva en una serie de acusaciones personales contra éste o aquél. Y el joven novelista—entre episodios de contraste romántico, rápidamente trazados como en las películas dramá-

ticas—resuelve el problema mezclando unos hombres con otros, y haciendo —de dos o tres figuras verdaderas—un sólo personaje imaginario. A uno le pone las barbas del otro; al otro la sonrisa del uno, y al de más allá, los alrededores familiares de éste.

Giner, Galdós, Machaquito y la Niña y hasta el ridículo Canetti y sus baños paganos, todo ello forjado en uno, mudando las caras y los barrios, exagerando los rasgos para abreviar...

Pero ¿y el fuego tremendo de aquel asceta amable, de aquel laico Savonarola, de aquel utopista terrible y dulce? ¿Es posible que se derrumbe todo un castillo de sueños—los sueños de una generación empeñada en purificar el mundo—ante lo que llamarías, oh Laforgue, «el secreto de la pulcela»?

Madrid, diciembre de 1921.

(*Social*, Habana).

Noches de lectura

2.—*EL AMOR VENCIDO*

Por HUGO WAST

El la bondad del entusiasta Cónsul de la floreciente República Argentina, el amable señor Margueirat, debo el conocer una de las más bellas obras que Hugo Wast ha escrito: *El Amor Vencido*.

Es la novela a que me refiero, un estudio delicado de los más grandes problemas que ante las mujeres ha puesto la Vida, siempre ingrata.

Una maestrita deliciosa, Matilde Garay, que mucho ha aprendido en la Escuela Normal, en la que fué de las primeras alumnas, no logra obtener un miserable puesto en el magisterio patrio: muchas son las mujeres que en su misma condición se encuentran y a muchas, antes que a ella, se le ofrecen los puestos vacantes, pues aquéllas, si bien no están mejor preparadas que Matilde, sí vienen provistas de mejores recomendaciones a las que es preciso rendirse, prefiriendo así las regulares a las buenas y las buenas a las mejores al hacer el nombramiento de las nuevas maestras.

Todo lo que aquella ingenua mujer aprendió en la Escuela Normal no le sirve para ganarse honradamente la vida, cuyas tentaciones son muchas para un corazón inexperto como el de ella y cuyas satisfacciones son muy pocas para almas, como la de ella, ansiosas de volar muy alto en pos de quién sabe cuáles y cuántos ideales gentiles.

El más fatigoso y el menos remunerado de los modos de ganarse el pan que los hombres egoístas han dejado para las mujeres, el del magisterio, provoca en Hugo Wast muy duras apreciaciones al comentar la vida resignada y monótona de la preceptora, cuya tristeza profunda mucho contraste presenta con la alegría ingenua de los corazones, que la mártir con paciencia infinita, está modelando constantemente.

La pobre muchacha aprende con dolor aquello que la vida le ocultaba; comprende que es triste alimentarse, en plena juventud, de ilusiones grandes que muy pronto han de llenarla de desesperanza y de miedo a la existencia; maldice el que la engañe el mismo Estado que se apodera de sus mejores energías y que la deja abandonada cuando pide, por misericordia, que le sea concedido un puestecillo cualquiera de maestra, puestecillo que ha de hacerla inmensamente feliz.

De esa desilusión que la existencia inocula en su alma nace el despego hondo que experimenta por su novio de la primera juventud, por Carlos Linck, el amor ingenuo hecho de sinceridad y de pureza.

De esa desilusión nace el profano amor—si es que amor puede llamarse —que la lleva hacia Mario Burgueño: pasión de riquezas y de elegancias que mucho pueden en su alma ya atormentada por un desencanto, abatida ya por una injusticia.

Y la ingenua muchacha, para seguir a Mario, abandona a Carlos, quien, verdadero filósofo del sentimiento humano, la vé irse hacia otro amor, menos inocente que el suyo, y piensa con tristeza y con razón que solamente un gran dolor podrá hacerla volver a su lado, al amparo de aquel cariño suyo que es todo entusiasmo y todo sinceridad.

Ella sigue senderos extraviados, creyendo haber encontrado lo que su alma ansiaba recibir de la vida, sin ceder a la tentación que asalta a toda mujer noble de consolar la tristeza resignada del amante abandonado.

Pero vuelven a encontrarse: en un baile de máscaras. Matilde, vestida con un elegante uniforme de la Cruz Roja, tiene un coloquio intenso con su amor primero. Ante la infinita bondad de Carlos, declara la bancarrota de su corazón, comprende que se ha equivocado al despreciar la fe de los humildes y la paz de los ingenuos: la tristeza ha reducido las ambiciones de su alma y en un momento de completo abandono dice, egoísta, a su primera ilusión:—No me prive de su dolor! Me sentiría tan abandonada si alguien no sufriera conmigo! ¿Quién, entonces, me comprendería?

Y al decir eso, se queja la pobre, de haber encontrado lo que tanto anhelaba obtener.

Tiene la nueva obra de Hugo Wast detalles descriptivos que, sin ser prolijos, dan, con muy poco esfuerzo, la visión deseada.

Hay en ella un estudio perfecto de caracteres y una honda filosofía práctica de la vida que entusiasman al lector por muy enemigo que sea de esta clase de literatura.

Vosotras, mujeres que tenéis inteligencia de Amor, comprenderéis mejor que nadie esta delicada y al mismo tiempo enérgica obra de Hugo Wast. En ella está contemplada la vida tal como la consideran vuestros ojos, que todo lo hacen armonioso hasta la tristeza misma; se desprende de sus frases, escritas en un estilo diáfano y elegante, un hálito suave que llena el corazón de una dulzura inefable y que, como afirmó el Altísimo Poeta, va diciendo al Alma: suspira!

j. f. g.

El Teatro al aire libre de la Universidad Nacional de México

POR EL LIC. JOSE VASCONCELOS

El estadio que el Gobierno se propone construir en los terrenos del Antiguo Parque Luna, responde a una necesidad urgente. La Rotonda de Chapultepec, llamada Monumental, porque en aquella época todo se medía por el tamaño moral de Porfirio Díaz, que era muy pequeño, apenas bastaba para dar asiento a los quinientos lacayos que asistían a las ceremonias del dictador. El Teatro Nacional, aun cuando se concluyese, adolecería del mismo defecto, de muy escasa capacidad. No sólo el Teatro Nacional, todos los teatros tienen ese defecto, además del de encerrar al público dentro de cuatro muros y un techo. El teatro como todavía lo entendemos hoy es una cosa muerta y una de tantas importaciones absurdas que las civilizaciones latinas han hecho de los países fríos. El teatro griego era descubierto, y lo mismo sucedía en las poblaciones mediterráneas. Los teatros cerrados, con su producción de dramas psicológicos, dramas de salón o de problema interior, proceden de la manía que se hizo universal durante el siglo XIX, de copiar lo nórdico. Es natural que ahora que las corrientes son contrarias se piense en un nuevo teatro y que ese nuevo teatro produzca un nuevo género artístico. Nuestro estadio será una mezcla de teatro al aire libre y de escenario moderno. No será precisamente una especie de plaza de toros donde se cante ópera; no es la ópera italiana ni tampoco la ópera alemana lo que nos va a servir para acabar con los toros. Si se exceptúan obras como «Tristán e Isolda», el «Barbero de Sevilla» y dos o tres más, ya nadie tolera las arias, ni los dúos, ni el insoportable convencionalismo de la ópera, en lo cual también veo un género destinado a desaparecer. El arte que ha de triunfar en el estadio, es una expresión de belleza que está naciendo y que va a desarrollarse como una fusión de música y baile. Un gran ballet, orquesta, y coros de millares de voces, ese es el único arte que puede expresar los ideales colectivos de una humanidad que desea romper el egoísmo en todas sus manifestaciones y se empeña en conquistar formas universales de sentimiento. Un arte generoso, desbordante, capaz de derribar por su expansión todas las salas horribles de los teatros modernos. Un escenario vasto como un coso, en el que se desarrollan dramas profundos, escenas de belleza deslumbradora, que primero ahoga y después estalla en ritmos de júbilo; todo esto se podrá lograr cuando nuestros bailes y cantos alcancen el desarrollo que ha de darles el progreso y el triunfo de nuestra raza.

Las cosas más altas tienen orígenes humildes, y así me represento lo que serán los espectáculos futuros del estadio que va a construirse, cuande mire los bailes populares representados por las jóvenes de las escuelas, cuyos ritmos se funden en los sones de la canción; y pienso en que está por nacer un Beethoven de coros y danzas que organizará representaciones, en las que veinte o treinta mil concurrentes, serán, a la vez, espectadores y actores y expresarán la belleza y el júbilo de todo un pueblo. Así lo soñaron quizás los trágicos griegos, pero sólo al futuro le está reservado cumplirlo, y nosotros comenzaremos a verlo. El vicio fundamental de todo el teatro intermedio que se ha desarrollado desde la antigüedad hasta nuestros días, consiste en que ha divido a los hombres en tres zonas convencionales: El actor, el autor y el que escucha, y esto es feo, porque el hombre no puede manifestarse cuando se lo mutila; el que escucha una tragedia de Esquilo, necesita sentir que él es autor y personaje y espectador, todo a la vez, porque el arte auténtico necesita de la totalidad.

Para comenzar a hacer algo en el sentido indicado, será necesario llevar al estadio, no la repetición de los géneros más gastados, sino los brotes más lozanos del arte popular, los sones originales, los trajes vistosos de donde han de surgir nuevas artes suntuarias, los bailes que crean música y líneas regeneradoras de belleza. La noción de este arte colectivo está ya diseñada en las conciencias, como lo prueba el éxito que se obtuvo cuando mandé retirar de los festivales al aire libre, las romanzas y solos para substituirlas con coros y orquesta. Lo que es preciso hacer y lo único que falta es un lugar a donde pueda llevarse lo que produce el teatro y lo que produce el pueblo. Todo ello prosperará bajo la luz del sol y al aire libre de ese estadio, que la ciudad entera ha de ver levantarse como la esperanza de un mundo nuevo.

(*El Universal Ilustrado*, México D. F.)

Hablando con Oswald Spengler

POR JULIO ALVAREZ DEL VAYO

SUS OPINIONES SOBRE ESPAÑA.

Hacía muchos años que no se publicaba en Alemania una obra que tan fuerte polémica y apasionada discusión desencadenara como «Der Untergang des Abendlandes», de Oswald Spengler. Desde 1919, que apareció el primer volumen, hasta ahora, se han hecho de ella 22 ediciones, y la última, agotada rápidamente, dejó un hueco que todas las habilidades mercantiles de los libreros no han logrado nunca llenar. El público seguía pidiendo «Der Untergang des Abendlandes» y rechazaba las nuevas producciones de Keyserling y otros filósofos, también de moda, que le ofrecían en su lugar. Entre tanto, Spengler ha escrito el segundo tomo, que se pondrá a la venta a fines de enero, y de cuyo contenido ha tenido la bondad de hablarnos en una conversación inolvidable, que vamos a tratar de resumir aquí.

Sensible a todas las inquietudes del espíritu, temperamento reacio a la especialización estrecha y unilateral, era natural que su obra irritase al profesorado alemán y le valiera ataques documentados de parte de los diversos especialistas en cuyo campo irrumpía irreverente con la audacia lozana de su genio literario. En numerosos escritos, en múltiples conferencias y controversias públicas, las teorías de Spengler han sido sometidas a una fría disección. Cada cual las ha combatido desde el terreno de su especialidad. Cada cual ha hecho su posible por encararle frente a una determinada verdad comprobada que le desconcertara y sometiera. Pero, inteligencia de alto vuelo, como Nietzsche, que tanto ha influido sobre él, no se dejaba aprisionar fácilmente. De un aletazo se evadía, para seguir revoloteando sobre las cabezas de sus detractores en curvas caprichosas.

Gran trabajador, se explica que, avaro de su tiempo, haya puesto en la puerta del piso donde vive, en Munich, el siguiente letrero: «Ruego a los que deseen hablarme que anuncien sus visitas de antemano y por escrito. Hora de recibir: de once a doce.» No obstante, en el caso mío tuvo la bondad de modificar el horario, y eran ya la una y media dadas cuando salía de su casa.

Cuarenta y dos años cumplidos.

Calva orlada de pelo negro, cuidadosamente recortado. Fuerte sin pecar de gordura. Aspecto un poco curial. Las piernas envueltas en banda de alpinistas, según costumbre en Baviera. Correcto, pero seco. Dos palabras le bastan para hacer su autobiografía. Nacido en Blankenburg, en el Harz; estudió en las Universidades de Halle, Berlín y Munich. De 1908 a 1911, maestro de Ciencias Naturales en el Gimnasio Real de Hamburgo. En 1911 se traslada a Munich, donde «encuentra», como él dice, su filosofía.

Hablamos del segundo tomo, próximo a aparecer.

«Lo considero más interesante que el primero. En el primero enfocaba los problemas fundamentales desde un aspecto matemático y de filosofía del Arte. En el segundo trató de los problemas de la vida: la cuestión de las razas y el problema de las lenguas. Del antagonismo entre las diversas modalidades raciales y las formas del idioma, trazo y desarrollo la historia del Estado: las formas del Estado y las formas de la Política. Y, como «pendant» a la historia del Estado, la historia de la Religión.»

Que su obra tenía que suscitar fuerte oposición, la oposición con que se acoge todo lo verdaderamente nuevo, lo tenía descontado, y hasta parece halagarle. No así el verla convertida en el libro de moda. Spengler atribuye esto último al título: «Der Untergang des Abendlandes.» (El ocaso del Mundo Occidental), que ha llevado a la mayoría de la gente a relacionar sus conclusiones con la catástrofe europea. Nada más arbitrario y desprovisto de todo fundamento. El libro estaba terminado antes de que la guerra se decidiera y el tratado exigido antes de que la guerra comenzara. Otra obra de un autor alemán insignificante, «Der Untergang der Antiken Welt» (El ocaso del Mundo Antiguo), le inspiró el nombre que tanto ha contribuído a popularizarle.

Le digo que hace poco le he visto citado en un periódico extranjero, al lado de Bergson, y como influído por él.

Sonríe. Luego, sin jactancia: «Desconozco las teorías de Bergson y, por lo tanto, no puedo decir si el autor de ese artículo tiene razón o no. Yo no soy filósofo ni leo jamás filosofía. Soy matemático. He estudiado ciencias naturales, historia y algo de arte en Italia. El único filósofo que me ha preocupado es Nietzsche.»

Sondeo sus gustos literarios. De los escritores franceses, Stendhal es su preferido. Junto a él, Flaubert y Zola. La obra de Zola le parece más grande, más intensa, de mayor perspectiva de visión. Pero nadie puede discutirle a Flaubert la exquisitez en la forma. Con Flaubert acaba en Fraancia la tradición general literaria, como en Inglaterra con Dickens. El la cree, por lo demás, acabada en el resto de Europa. Es uno de sus temas fudamentales, sobre el cual vuelve en el segundo tomo, al tratar del problema de la lengua.

«Nosotros los alemanes somos el único pueblo de Europa a quien acaso le está reservado crear literariamente algo nuevo en el campo de la novela. Nuestro idioma presenta posibilidades de estilo todavía no explotadas. Yo cuento en Alemania con la aparición de uno o dos grandes novelistas.

Pero ese filón creador, que produce con relativa regular intermitencia hombres como Tolstoi, Ibsen y Zola, se ha agotado para siempre. Podrán surgir apariciones casuales. Un meteoro que deslumbre, un caso aislado sin precedente ni continuación. Pero un dramaturgo como Ibsen o un músico como Wagner, que signifiquen otro avance más en la misma trayectoria, ascendencia, continuidad perfeccionada, no creo que vuelvan a darse más. Que el caso general aislado es posible, lo prueba Bernard Shaw.»

Spengler siente por el gran comediógrafo inglés una fuerte admiración. «Hombre y Superhombre» y «Mayor Barbara» le parecen creaciones admirables.

«Cuando Shaw, después de escribir «César y Cleopatra», habla del «better than Shakespeare» mejor que Shakespeare, no todo es humor. Hay en ello un fondo justificado de verdad. En muchos aspectos, la obra de Shaw rebasa ventajosamente la producción shakespeariana».

En su «Prusianismo y Socialismo», Spengler ha señalado una serie de analogías entre Prusia y España. Según él, las naciones occidentales que han enriquecido al mundo con ideas universales son únicamente tres: España, Inglaterra y Prusia. La idea española és el ultramontanismo, el dominio del mundo a base de la religión; Inglaterra ha aportado la idea del capitalismo, y Prusia, la del socialismo. Apresurémonos a decir que lo que Spengler entiende por socialismo se aparta bastante de las concepciones corrientes.

Ve entre España y Prusia otras coincidencias características. Ambos pueblos han fundado un Estado de funcionarios y soldados. Fueron, además, los únicos que lucharon contra Napoleón. Don Quijote se le antoja el Fausto español. «Los españoles–dice–poseen el estilo de los grandes conquistadores. Conquistaron América y trataron de dominar económicamente al mundo. Ese rasgo de política mundial les falta a los franceses e italianos, que se estancan siempre dentro de un horizonte de Estado mezquino y limitado.»

Me permito oponer a sus afirmaciones sobre España algunos reparos, que él contesta con nuevos argumentos:

«El Estado modelo nace en España bajo Felipe II. Este monarca supo organizar un verdadero Estado de soldados y empleados. Es el tipo que sirve luego de patrón para los otros Estados europeos, incluso para el de Luis XIV. Felipe II lo erige a base del noble español, como el Estado prusiano tiene también su fundamento en el noble».

De ello se ocupa Spengler en el segundo tomo, y también de la preponderancia del idioma español en aquella época.

«En el siglo XVI, el español es en Roma el idioma de moda. No sólo en el Vaticano, sino en las distintas Cortes italianas. Los españoles son los que dan el tono. Igual ocurre en Francia. El caballero francés es sólo una copia del hidalgo español».

En una palabra, Spengler considera a Felipe II uno de los más grandes monarcas de la Historia.

«España pudo mantener durante doscientos años su poder colonial gracias a la solidez de su sistema administrativo. Por ser un Estado de soldados y de empleados. Luego viene la corrupción, y tan pronto como en el sistema administrativo se abre una brecha irreparable, la hegemonía y el poder se derrumban».

Le pregunto su opinión sobre la influencia de la religión en el momento presente. Es otro de los puntos de que trata, según me ha dicho, en el segundo tomo.

«Nos encontramos, indudablemente, en el camino de regreso hacia la Religión. De ello existen abundantes pruebas en Francia e Inglaterra y, más que en ninguna otra parte, en Alemania. Cuando yo estudiaba, era el darwinismo lo que privaba. Ahora triunfa el ocultismo; pero sólo como una etapa transitoria en la orientación retroactiva hacia el resurgimiento religioso. Estoy convencido de que, dentro de quince años, Francia se hallará completamente bajo la influencia de la Iglesia y será una Monarquía».

—¿Cree usted que el predominio de la influencia religiosa lleva consigo el afianzamiento del ideal monárquico?

—No necesariamente; pero en Francia, sí. En Francia, la República va unida al esclarecimiento en materia religiosa. Su puntal más firme fué siempre el anticlericalismo.

Spengler tiene de las revoluciones un concepto que encaja perfectamente en su interpretación conservadora (el vocablo es deficiente y se presta a equívoco, pero no encontramos otro mejor) de la historia.

«La Revolución francesa—y aquí su conversación, animándose, adquiere un interés extraordinario—no es, co-

mo se ha sostenido, una reacción del pueblo contra el despotismo.

Esta es una versión partidista de los historiadores republicanos. El Estado jamás fué en Francia más débil que entonces. Se han exagerado también las causas económicas. Si hambre había en Francia, también la había, y todavía mayor, en Inglaterra.

Además, la Bastilla no fué asaltada por las masas, sino por los burgueses. La Revolución en sí, el cambio de procedimiento, la adaptación del régimen existente al nuevo proceso económico, era una necesidad. Pero el que no se realizara, como en Inglaterra, a través de una serie de reformas, y el que derivase de una lucha sangrienta, se debe únicamente a la debilidad de la Monarquía francesa. Un erudito alemán ha hecho lo que les hubiera convenido hacer a muchos historiadores franceses: ha estudiado la literatura de aquel tiempo, la literatura política popular: folletos, periódicos, manifiestos. Existe, sí, un vago clamor de protesta. Era un fenómeno universal; diez años antes del asalto de la Bastilla escribía Schiller «Los bandidos». Pero por ninguna parte, en todos esos documentos, se habla de revolución. La Revolución francesa, tal como se desarrolló, es un puro acontecimiento casual».

Terminamos hablando de la revolución alemana.

«No ha existido. Una revolución verdadera, con fines propios, dura años. En Alemania no ha habido revolución. Es el caso de un motín en grande, de tropas que se amotinan. Si hubiera sido una revolución verdadera, no hubieran podido los burgueses, a los tres meses, convocar a la Asamblea Nacional».

Se interrumpe. Noto que le contraría hablar de la política alemana presente. Pero, desde luego, a través de su discreción y su reserva, adivino que el Estado alemán actual no es aquel su ideal de Estado, «a base de soldados y empleados», que le sirve en «Prusianismo y Socialismo» para establecer entre España y Prusia un cierto paralelo.

Munich, diciembre de 1921.

(*El Sol*. Madrid).

Quién fué el Presidente Madero

La conferencia que se leyó, por mandanto de la Secretaría de Educación, el 22 de febrero de 1922, aniversario de la muerte del Sr. Madero, en las escuelas de México.

I

Niños:

ESCUCHAD con atención lo que voy a referiros, porque es de grande interés para vosotros.

Hace nueve años, en una mañana brumosa y fría del mes de febrero, cuando apenas comenzaba a clarear el día, los escasos transeuntes que a esa hora pasaban por la Plaza de la Constitución, vieron un numeroso grupo de gente armada que desembocaba por la calle que hoy se llama de Pino Suárez, en tanto que otro grupo desembocaba por la calle de la Moneda.

Estos dos grupos de soldados se arrojaron sobre las guardias que custodiaban las puertas del Palacio Nacional, y, después de una breve lucha, quedaron posesionados del punto. Hicieron presos a los jefes y fusilaron a los principales de ellos.

Afuera, en la plaza, no obstante que el combate había sido muy breve, habían quedado tirados algunos muertos y heridos.

Las descargas de fusilería se habían oído en toda la ciudad, y como chispa eléctrica habían circulado las noticias de aquellos graves acontecimientos hasta en los barrios más apartados de la Metrópoli.

II

¿QUIÉNES eran los sublevados y qué querían?

A las siete de la mañana de aquel mismo día, en todas partes se escuchaban los nombres de Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón, que eran los jefes de la sublevación, y se hablaba de centenares de muertos y heridos que había en las afueras y dentro del Palacio Nacional.

Las noticias que corrían de boca en boca eran un tanto exageradas; pero sí era lo cierto que aquellos tres hombres funestos, aprovechándose de la influencia que tenían sobre algunos grupos de soldados, provocaron un pronunciamiento contra el Presidente de la República que, a la sazón, era don Francisco I. Madero.

Félix Díaz y Bernardo Reyes habían estado presos desde algunos meses atrás: Manuel Mondragón se propuso salvarlos para que, unidos los tres, derrocaran al Gobierno.

Aquellos hombres eran altos jefes del ejército mexicano, y, faltando a su honor de soldados, cometieron el crimen más negro que puede cometer un militar: el de prostituir al ejército haciéndolo faltar a sus deberes de guardián de las instituciones sociales.

Cometieron un crimen más: el de comprometer en esta aventura a un numeroso grupo de jóvenes que estudiaban en la Escuela Militar de aspirantes de Tlalpan. Aquellos jóvenes, en quienes la Patria esperaba tener más tarde unos bravos defensores cuando estuviera en peligro, precozmente se convirtieron en viles mercenarios al servicio de un jefe desleal, y volvieron las bocas de los fusiles que la Nación puso en sus manos para que la defendieran, contra el pecho que legalmente ostentaba las insignias de la República!

III

EL Presidente de la República, don Francisco I. Madero, había pasado la noche en su residencia de Chapultepec, y allí recibió aviso de los graves acontecimientos ocurridos en el Palacio Nacional.

Con una impasibilidad asombrosa, el señor Madero se cruzó la banda tricolor, símbolo de su alta investidura, y, montando a caballo, se dirigió hacia la ciudad escoltado por los fieles muchachos alumnos del Colegio Militar.

Quiero llamar vuestra atención sobre este hecho altamente significativo: un grupo de jóvenes inconscientes, alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes, fueron arrastrados a cometer un crimen; pero un grupo de bravos muchachos, sucesores de los gloriosos aguiluchos de Chapultepec, lavaron la mancha de cieno que aquéllos arrojaron sobre la juventud mexicana, y demostraron elocuentemente que *juventud* significa *lealtad, hidalguía y honradez*.

El señor Madero se dirigió al Palacio Nacional, desafiando los peligros que en el trayecto se le presentaron, siendo aclamado por el pueblo al desembocar a la Plaza de la Constitución, por la calle que lleva hoy su nombre.

Al aproximarse el ciudadano Presidente de la República, los sublevados abandonaron el Palacio Nacional y se fueron a refugiar a la Ciudadela, donde se fortificaron.

IV

DIEZ días de zozobras para los habitantes de la capital; diez días de asesinatos en masa y de crímenes sin cuento, constituyeron lo que se ha llamado la *decena trágica*.

Los sublevados se apoderaron de la Ciudadela, donde tenían abundantes elementos de guerra; el Gobierno, representado por el ciudadano Presidente de la República, permaneció en

Palacio, y desde allí sostuvo diarios combates con las fuerzas infieles.

En estas condiciones el señor Madero tuvo que llamar a su alrededor a todos los hombres que consideró útiles para la defensa del Gobierno; entre ellos se encontraba un viejo militar, degenerado por el alcohol, que se presentó a ofrecer sus servicios, jurando fidelidad.

El señor Madero puso en las manos de aquel hombre todos los elementos que tenía para la defensa de la ciudad, y desde ese momento quedó bajo la salvaguardia de un criminal.

V

VICTORIANO Huerta, jefe supremo de las fuerzas federales, faltando a su palabra de hombre y de honor, traicionó villanamente al jefe de la Nación, haciéndolo prisionero, lo mismo que al Vicepresidente de la República y a sus ministros.

Al día siguiente, valiéndose de engaños viles y cobardes, hizo que los ciudadanos Presidente y Vicepresidente de la República presentaran sus respectivas renuncias, y él se hizo nombrar Jefe Supremo de la Nación.

Conseguido esto, faltó una vez más a sus promesas y, procediendo con la mayor felonía, mandó asesinar despiadadamente a los señores Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.

Este fué el sangriento epílogo de la decena trágica, ante la cual sintieron arder su rostro todos los hombres honrados!

VI

¿QUIÉN era don Francisco I. Madero?

Madero fué un demócrata soñador.

Hijo de padres ricos, vivía tranquilamente dedicado a sus negocios particulares en San Pedro de las Colonias, Coahuila, que era su pueblo natal.

A principios del presente siglo comenzó a inmiscuirse en los asuntos políticos, no obstante que, como él mismo dice, «consciente de su poca significación política y social, comprendía que no sería él quien pudiera iniciar un movimiento salvador».

Y en esto se equivocaba; porque sí fué él quien originó la caída de un gobierno caduco y quien despertó las dormidas energías del pueblo mexicano para recobrar sus libertades; sí fué él quien derribó una dictadura que había durado un tercio de siglo, y enseñó al pueblo cómo se hace respetar el derecho por la fuerza cuando la voz de la razón no se puede hacer oir.

Para operar este milagro, Madero comenzó por lanzar a la publicidad un valiente libro titulado «La Sucesión Presidencial», en el cual hacía un llamamiento al pueblo mexicano para que se organizara en partidos políticos, a fin de poder contrarrestar la influencia oficial en las elecciones de gobernantes. En ese libro se dirigía también al general Díaz, quien, por más de treinta años, había sido el árbitro de los destinos de la patria.

«Le hablaré—decía—con el acento sincero y rudo de la verdad, y espero que un hombre que se encuentra a su altura sabrá apreciar, en lo que vale, la sinceridad de uno de sus conciudadanos que no persigue otro fin que el bien de la patria».

Y en efecto; aquel hombre incansable, por medio de la prensa y de la tribuna, llevó sus ideas redentoras a todos los ámbitos de la República, y, al consumarse el último atentado electoral del general Díaz en 1910, después de agotar todos los recursos legales para impedir el atropello, levantó al pueblo en una formidable revolución que acabó con el viejo régimen.

Un año después era llevado Madero por aclamación unánime del pueblo mexicano a ocupar la primera magistratura de la República; y entonces el apóstol de la democracia quiso poner en práctica sus ideas igualitarias; pero su corazón magnánimo y generoso era incapaz de concebir la maldad y la traición, y no se cuidó de ellas.

Aquel hombre bueno fué víctima de su bondad y de su excesiva confianza.

Hemos dicho ya cómo cayó a los arteros golpes de los asesinos; pero su muerte causó un movimiento de justa indignación en todas las clases de la sociedad, y, desde entonces, el nombre de Madero pasó al glorioso registro de los mártires de nuestras libertades.

Desde entonces el pueblo mexicano, año tras año, se dirige en procesión a depositar las más fragantes flores de su gratitud sobre el sepulcro que guarda las cenizas de aquel hombre bueno; desde entonces los ojos de nuestras mujeres riegan, con sus lágrimas la tierra bendita que guarda en su seno, las cenizas del apóstol.

(*El Universal*. México, D. F.)

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica